



▪ Editorial ▪

Ética, Lenguaje y Educación

La relación ética-lenguaje-educación se ha planteado, en los últimos tiempos, desde la exterioridad, desde los manuales y las normas aisladas de su contexto vital y social. El fundamento de la relación se ha tergiversado porque la educación es un proyecto ético.

Así se puede constatar en los griegos donde la relación que se establecía entre el maestro y el discípulo era un diálogo permanente, como algo en serio, con exigencia y con incitación por convertirlo en un ejercicio del preguntar que se traducía en todo un arte: *la mayéutica*.

Allí no había dogmas: la búsqueda de la verdad era la misma búsqueda de la virtud. El logos no era la única inquietud por el saber, no era sólo el deseo sofista de erudición y retórica sino el horizonte iluminador desde donde la vida individual y social tienen sentido.

Este era el fundamento mismo de la sociedad, la verdad y la virtud que estaban en su interior y se vivían desde la eticidad. Ética y educación eran lo mismo: dar cuenta de sí; constituirse en sujeto que hace de su existencia una obra de arte. Es el *telos* de la enseñanza.

Pero con el advenimiento de la moral romana y del cristianismo se instaure una escisión, desaparece el diálogo y se olvida la mayéutica. El maestro habla desde la verdad. El logos está afuera en el dogma. El discípulo no pregunta. Escucha y permanece silencioso para adquirir forzosamente la verdad.

La ética fundada en el logos exterior desarraiga al individuo. La ley, la religión y la ciencia serán sus paradigmas. La religión le ordena, bajo el absoluto divinizado, lo que debe hacer. La ciencia le dice lo que debe saber; así se funda una mirada sobre el sujeto para convertirlo en objeto de estudio, como lo hace la ciencia.

La psicología se ocupará de su comportamiento. La sociología le explicará las determinaciones que debe adoptar. La medicina le fijará sus límites y posibilidades genéticas y filosóficas. La antropología lo descubrirá como objeto cultural, con sus diferencias étnicas y la filosofía le fijará su origen y destino...

¿Qué le resta al hombre como posibilidad individual? Sólo la moralidad fundada como obediencia a la ley y el conocimiento de sí "positivizado en el saber científico". Cuando vuelve en sí, es para inventariar sus culpas frente a una deontología que lo juzga por lo que ha debido hacer y no hizo, pero que no reconoce su proyecto vital.

Recuperar esta relación perdida entre pedagogía y ética es pensar en nuevas formas de enseñanza y reflexionar en la finalidad misma de la educación. La relación ética - educación ha sido pensada como la yuxtaposición de "algo" y "algo", en dos entidades contrapuestas.

Quizás han sido concebidas como el paso de la norma al acto, como el principio de la acción, como el imperativo categórico a la práctica, como el deber ser al ser, en fin, como una norma de convertir al individuo en un sujeto que ha entrado en crisis consigo mismo.

Educar para el conocimiento, para la obediencia y para el reconocimiento de la autoridad en el orden del pensamiento, en la interacción social y en la política ha sido un ejercicio legitimador del poder y del saber que constriñe el deseo, instaura la sumisión y el reconocimiento de la jerarquía entre los hombres.

Esa ética del aprendizaje instituida en el ejercicio docente no representa una enseñanza real para el pensamiento que exprese una manera distinta de estar en el discurso para manifestarlo con plena libertad, sin pretensiones moralizantes.

Con el empleo de la filosofía como un martillo para destruir posiciones inamovibles por la fuerza de la costumbre o por la interiorización de la domesticación se pueden construir alternativas posibles para asumir la educación como un ejercicio ético.

Busquemos las líneas generales de un nuevo proyecto donde enseñanza, pensamiento, libertad y democracia medidos por el lenguaje, como superficie de interacción simbólica e intercambio práctico, expresen un nuevo espacio ético donde se respeten las diferencias individuales.

Sólo en ese clima y con el reconocimiento de las culturas regionales, cuyo sentido y significado se juega en la cotidianidad, se podrá construir la cultura del debate que permita vivir en el riesgo, en la dificultad, en la búsqueda y en la pregunta.

Este proyecto se realizaría sobre tres ejes fundamentales: el pensamiento, el lenguaje y la democracia. Estos tres pilares de la educación interactuarían como tres eslabones de una misma cadena y por medio de ellos se desarrollaría un proyecto ideal para la juventud.

Este punto se refiere a la problematización de los conocimientos y de los saberes para abrir espacios que generen pensamiento creador para la cultura y las ciencias. Pero es necesario partir de lo que ya tenemos, de lo que ya sabemos, sin quedarnos ahí... Es preciso sospechar de lo establecido, implantar la pedagogía de la pregunta, despertar la búsqueda y ejercitar el pensamiento.

Se debe asumir la verdad como resultados provisionales de procesos dinámicos y jamás como valores absolutos, dogmas o soluciones definitivas. Reconocer que mediante el ejercicio de pensar se puede superar la inmediatez, lo evidente, el sentido común, para salir de la falsa conciencia o de la mera doxa - opinión -.

Es necesario - urgente - buscar una nueva pedagogía que haga de la pregunta una entrada a la investigación y de la enseñanza un concepto para replantear la cultura, el pensamiento, el lenguaje, la ética y la estética..., sin tolerancia ni escepticismo..., con rigor en la discusión y exigencia en la coherencia lógica.

Héctor Gómez Gómez